



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Hormonas y pasiones

El amor es una pasión, y las pasiones existen desde siempre en el hombre y en el animal y, como es bien sabido, son las que sustentan su realidad existencial

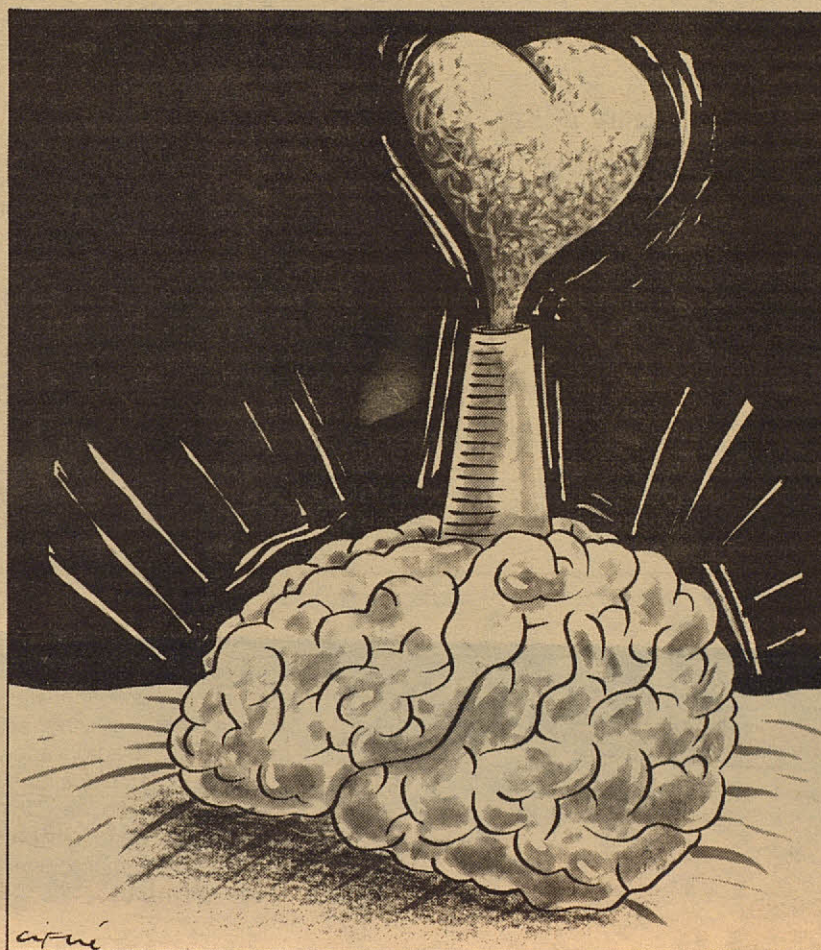
Es más que probable que el amor entre dos personas encuentre una explicación en ciertas reacciones que las hormonas producen en el cerebro. El amor es una pasión, y las pasiones existen desde siempre en el hombre y en el animal y, como es bien sabido, son las que sustentan su realidad existencial.

Baruch Spinoza, filósofo holandés descendiente de judíos españoles y que llegó a ser expulsado de su sinagoga a causa de sus ideas consideradas materialistas, reducía las pasiones humanas a tres, de las que se derivaban todas las demás: el deseo, el placer y el dolor. En el mismo siglo XVII, el prelado y pensador francés **Jacques Benigne Bossuet** unificaba todas las pasiones en una sola, el amor, del que decía que contenía y excitaba a todas las demás.

Saltamos en el tiempo tres siglos, y de la filosofía y el pensamiento pasamos a la medicina. El doctor **Jean-Didier Vincent**, profesor de Neuroendocrinología en la facultad de Medicina de la Universidad de Bordeaux, es un gran conocedor del tema de las pasiones, pero desde un punto de vista biológico, y ha publicado numerosos trabajos científicos y de divulgación sobre sus experiencias.

Jean-Didier Vincent identifica los conceptos de deseo, amor y sexo, y en este sentido está cerca de los postulados de **Frederich Wilhelm Nietzsche** y de **Arthur Schopenhauer**, que aseguraban que el amor es una trampa que la naturaleza tiende al individuo para que se perpetúe la especie, y también está cerca, por supuesto, de la teoría de **Sigmund Freud** sobre la libido.

Vincent afirma, desde su punto de vista neurólogo y endocrinólogo, que el deseo, como pasión, tiene siempre como fin la consecución del placer y el alejamiento del dolor. Su experiencia en ensayos de laboratorio con cobayas, ratas y otros animales le permitie-



ron demostrar que el empleo de unas determinadas sustancias naturales o químicas, inyectadas en pequeñas cantidades en determinadas regiones del cerebro, desencadenaban en los animales una serie de actos motores que constituyen lo que se llama comportamiento: comer, beber, hacer el amor...

Para ilustrar sus teorías, escribe sobre los experimentos que ha efectuado con dos clases de hormonas: la luliberina y la ocitocina. La luliberina es una hormona que provoca la ovulación en la mujer. Si tal hormona es infiltrada, en

pequeña cantidad, en el lóbulo cerebral de un cobayo hembra, provoca que, si el animal está acompañado en su jaula por un macho, le incite y se entregue intensamente a la actividad amorosa, hasta agotar plenamente a su compañero.

A continuación el doctor **Vincent** advierte: "**La aventura química del deseo sexual no termina aquí. He comprobado que el estallido final, después de varios coitos, iba acompañado de una masiva liberación de otras hormonas, llamadas endorfinas, con lo que se llega a la sociedad**

sexual".

Vaya por Dios. Resulta que según el profesor **Vincent**, el empleo de la luliberina en la mujer resolvería la mal llamada frigidez, que acostumbra a ser motivada por la impericia de su pareja. En el hombre parece ser que la hormona a emplear para resolver la impotencia es la testosterona, aunque desde hace tiempo se han empleado sustancias tales como la cantarina, que se extrae de un coleóptero llamado cantárida, o el clorhidrato de yonimbina. Pero por supuesto, lectoras y lectores, deben consultar antes con un médico, no vayamos a resultar el profesor **Jean-Didier Vincent** o yo mismo, que sólo divulgo sus teorías, los responsables de éxitos desaforados y hasta peligrosos, o de fracasos notabilísimos, cosas ambas muy lamentables, por favor.

Vuelvo a las hormonas. La ocitocina, inyectada en el cerebro de una rata, provoca un comportamiento maternal, hace brotar la leche y consigue que el animal adopte inmediatamente como suyas las crías de otra rata puestas en su jaula. En este caso, el deseo resulta maternal o amoroso, pero no sexual.

El mundo de las pasiones es vasto y muy complejo, dice el profesor **Vincent**, y en él pueden apreciarse tres grandes campos, que las abarcan todas: el campo de la pasión por el otro, del que son ejemplos las relaciones sexuales y las afectivas; el campo de la pasión por los otros, del que son máximos exponentes el deseo de poder y la pasión por las jerarquías; y finalmente la pasión por el mundo exterior, que se inicia con la relación afectiva con la madre y luego con el padre y hermanos, y que es una puerta abierta hacia otro tipo de emociones, como son la adaptación al medio, el interés por la vida, la agresividad hacia lo que no gusta, y el miedo. Y todo regido por las hormonas. Que las tengamos muy buenas.